

***Ciudad* (1955-1956)**

Guido Herzovich

Producto de las alianzas amplias y breves que favoreció el primer antiperonismo, *Ciudad* (1955-1956) se presenta como una revista de jóvenes que aspiran a intervenir en la vida pública argentina. Sus tres gruesos números salen entre los últimos meses del gobierno peronista y los primeros de la dictadura militar de Lonardi y Aramburu. En sus páginas, un ecléctico conjunto de colaboradores ensaya las coordenadas filosóficas y las alianzas simbólicas que deberá tomar esa acción, aprovechando la propia circulación de la revista para tender las redes concretas que permitan allanar el camino.

Los tres números, dos de ellos dobles, se publicaron con fecha del “Primer trimestre 1955” (impreso a fines de 1954), “Segundo y tercer trimestre 1955” (impreso en julio) y uno postergado para el “Segundo y tercer trimestre 1956” (impreso en mayo), con 96, 130 y 160 páginas respectivamente. El diseño era muy tradicional, a una columna, como el de la revista *Sur*; el papel era de calidad y la impresión de Francisco A. Colombo, el establecimiento más prestigioso del país. Las tres tapas llevan una misma ilustración original de Rafael Squirru impresa en distinto color, sin titulares. A diferencia de las otras revistas de “jóvenes” de la época (como *Centro*, *Contorno* o *Letra y Línea*), es evidente que *Ciudad* aspira desde su factura a una circulación *cuidada*; se quiere un objeto de colección.

Con *Contorno* y con *Centro*, sin embargo, fue reconocida inmediatamente entre las revistas jóvenes de renovación del campo literario argentino, como puede verse en el ensayo de Emir Rodríguez Monegal, *El juicio de los parricidas* (1956). A partir de entonces recibió una atención crítica mucho más modesta y genérica que las otras dos. Su leit motiv seguramente colaboró con lo primero: “*Ciudad*, el punto de mira de una nueva generación”. Con lo segundo, el hecho de que pocos de sus colaboradores dejaron marca en la literatura o la crítica literaria: apenas Adolfo Prieto, Héctor Bianciotti —luego *de la Académie Française*—, Alicia Jurado. Muchos otros se destacaron, sin embargo, en otras disciplinas: la sociología (Norberto Rodríguez Bustamante), el periodismo (Ernesto Schoo, Hugo Ezequiel Lezama), la crítica de cine (Héctor Grossi), la crítica de arte y la gestión cultural (Rafael Squirru), la diplomacia (Carlos Manuel Muñiz), la política de hambre y la desaparición forzada (José Alfredo Martínez de Hoz).

La heterogeneidad es flagrante a la mirada retrospectiva: exiliados y exiliadores de los años 1970 (Prieto y Martínez de Hoz) conviven en *Ciudad* con obscena cortesía. La militancia católica de algunos colaboradores, a juzgar por la mirada contemporánea de Monegal o David Viñas (véase “Una generación traicionada”), resultaba entonces una marca menos definitoria de lo que nos podría parecer hoy. Todos tenían entonces entre 25 y 34 años.

Las principales preocupaciones que aúnan al grupo, según se lee en las prioridades de sus tres números, son las nuevas condiciones de participación de los intelectuales en el espacio público y el estatuto de la cultura literaria por fuera de la “ciudad letrada”. Las inquietudes compartidas hablan del peso persistente de la imaginación liberal, aún en los más conspicuos renovadores de la crítica, no menos que de la conciencia a menudo imprecisa de las transformaciones en curso; ésta última los empuja hacia terrenos que comenzaban a ser reformulados entonces por distintas líneas de investigación en Europa: los estudios culturales, la teoría del espectáculo, la sociología de la cultura. Así, la revista prestó una atención particular y relevó con ánimo etnográfico (aunque sin el método correspondiente) la realidad contemporánea de los lectores y las prácticas de lectura fuera de los límites del espacio intelectual: la “literatura de kioscos”, las lectoras de revistas femeninas, la función formativa de los suplementos especializados.